

# Viaje Filosófico

---

*Por el Padre Matías Romero.*

## CAPÍTULO I

### *GRAMÁTICA DE LAS IDEAS*

Doblada ya la esquina de los 30 años, después de haber pensado mucho y sufrido más todavía, llevando cansancio en los ojos y no pocos azotes de la vicisitud en las espaldas, viendo con sinceridad que no todo me ha salido bien en la vida y que fue cierto aquello que escribí una vez sin darme cuenta: “quiero embarcarme a toda vela en el mar de la vida aunque sea para equivocarme y para naufragar”, después de tan pocas cosas, digo hoy un nuevo ardoi ha sacudido mi espíritu. Diría yo, como uno cualquiera de aquellos divinales humanos de Homero, que he sentido la presencia de una divinidad: algo así como sí Palas Atenea, la de ojos de lechuza, la que piensa y pelea, hubiese venido a sacudirme a mí pueñil y tímido Telémaco, para que me levante, por fin hecho hombre, a defender a mi madre y a buscar a mi padre.

No de otra manera puedo describir el impulso que me lleva a este viaje filosófico.

No busco la juventud y el placer de todo lo humano, como el insaciable Fausto. Busco más, algo que sea más bello aún que la juventud, algo que supere a la juventud siendo más consistente y duradero. Tiendo, con la sed de Tántalo, hacia la plenitud de la edad. Mi viaje es interior y abstracto. No otra cosa anhelo poseer sino las esencias filosóficas, la definición de las cosas, la síntesis de las ideas.

Ni es solamente el pensamiento el que ha entrado al combate. Es el hombre entero el que, cual otro Aquiles, ha depuesto la negra tristeza y el sanguinolento furor pasional, para ganar definitivamente esta guerra en que ya se han perdido cosas tan bellas. Cuántos tristes despojos! Allí el cadáver de un amigo. Allá el aullido de las almas que pude salvar y que ahora maldicen mi culpable alianza con el enemigo

cuando podía yo estarlas librando a ellas. Más dentro del alma se oye el llanto de las horas, las horas profanadas y extraviadas. Allá vagan perdidas y olvidadas de su nombre. El alma entera se ha hecho para ellas un limbo, el lugar tenebroso donde habita lo que pudo ser y no fue.

Y vuelvo a llorar con redoblado llanto sobre los seres bellos que murieron mientras yo, no menos que el cristiano Rinaldo con la pagana Armida, me entretenía imprudentemente en las delicias de un edén prohibido.

El tiempo ha pasado. Ha pasado como una horda de bárbaros. Destrozados están los sembrados. Alguno que otro fruto que puede recolectarse apenas si es un famélico superviviente, testigo triste de aquella hermosa viña que el Amado plantó con cepas escogidas en un collado muy fértil... y de aquel prado de azucenas donde se solazaba la esposa del Cantar de los Cantares.

Ganas me dan de descender de la cruz y penetrar en los infiernos para dar latigazos sobre las dormidas sombras y resucitarlas al día que amanecerá pronto.

Voy ya volando en el carro aligero del pensamiento. Como el pensador de Rodín todo mi cuerpo se ha hecho cerebro. En mí se convulsiona, no sé si frenética de fuerza o moribunda de anhelo, un ansia, un esfuerzo de todo mi ser por adquirir en mí mismo un nuevo ser. Es la voluntad de ser. Hambre y sed de nueva entidad. Un deseo de expansión de lo propio al mismo tiempo que una incontinente ansia de asimilar lo circundante. Más todavía que una *voluntas existendi* o *voluntas ad existendum*, descubro en mí, más radical y palpitante, una *voluntas essendi*.

Algunos pensadores han descubierto en hombres como Goethe, Beethoven y César Franck, lo que llamaríamos "el evangelio germánico de la acción". El afán de hacer es para ellos un imperativo categórico. El hombre va a probar sus capacidades, va a hacer, se planta como un semidiós ante las circunstancias y dice: *Es muss sein*. DEBE SER! Sin embargo esta expresión es, para el caso, demasiado honda. Habría que distinguir. *Es muss gemacht sein*, significa: *esto debe hacerse*, y queda así expresado el imperativo de la acción. El otro, *Es muss sein*, es más hondo y se refiere al ser mismo, no solamente al hacer o existir. Y en realidad este impulso óntico del ser es la tendencia fáustica a lo infinito y la armonía integral que resuena en la novena sinfonía.

Séame permitido hallar esta distinción en la sinfonía en D menor de César Franck. Al oírla me parece que un gigante adormecido se revuelve torpemente en el interior de una caverna. La luz y el ruido

del exterior penetran en la obscuridad como a descargar sus latigazos sobre el indefenso gigante. El yo interior tiene su propia vida y su propio mundo para desarrollarla. Es la vida interior del conocimiento, la contemplación y el amor. Frente a esta vida interior tan en sí, tan personal, tan fuerte, el mundo exterior es todo él una perturbación, un bullicio, una estridencia y una tentación. Si el gigante se yeigue debe ser para dominar la confusión respondiendo al imperativo de la acción con un plan bien concebido y orientado. Más todavía. El gigante interior no debe ser un servidor de la acción, por más que algunos quieran hablar de un maravilloso plan exterior de acontecimientos al que los individuos deben someterse. Sin negar esta subordinación del individuo a lo social e histórico, y sin negar que todos los hombres son instrumentos de la Providencia, la íntima definición del hombre le concede un puesto mejor que el de simple pieza. Uno se olvida que el hombre es poco menor que el ángel y que está hecho a imagen de Dios. Cada hombre es *un todo concluso, Totum in se clausum*, obra maestra en sí mismo y tan perfecto como el universo entero. Con acierto los antiguos le llamaron *microcosmos*. ¿Qué hay en todo el universo que no lo tenga ya cada hombre en su propio ser? ¿Qué ha sucedido en el drama humano de la historia que no le haya sucedido también a cada individuo en la titánica aventura del pensamiento y en la epopeya divina de la voluntad?

No es de maravillar que sea tan ambicioso y propenso a la exaltación este minúsculo ser que se llama hombre. Su deseo no duerme. Allá lo ha arrumbado el fracaso exterior y su misma flaqueza interna cuando he aquí que de nuevo se levanta: “Con fuerte placer empieza otra vez a estremeceirme la resolución vigorosa de luchar sin tregua por una existencia altísima” (Fausto, Parte II, Act. I, Escena I).

Vamos, pues, a luchar, a subir. Vamos a vivir. Vamos a realizar nuestro ser en la más alta existencia que nos sea posible. Y puesto que el hombre no emprende nada que no sea guiado por un fin, propongámonos ya ese fin y enunciémoslo sonoriamente como la proposición oratoria de la Demóstenes a los atenienses, proposición no de paz indolente sino de guerra viril contra Filipo.

Por ahora, bastante tenemos con la filosofía. Visitaremos esos remotísimos países del ser en su íntima naturaleza y en sus causas. La Lógica o Dialéctica se parece a la militar y austera Esparta en donde hasta los niños más tiernos estaban sometidos a rigurosa y geométrica disciplina. La Lógica es la geometría del espíritu. Síguele la Crítica o Gnoseología que es la ciencia que estudia el origen, la veracidad y el alcance de nuestros conocimientos. Después de ella está la Ontología

o Metafísica, la cual despliega sus alas, como águila fabulosa, en las regiones más altas de la abstracción. Ella es la que extiende de los conceptos de ser, de substancia, de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello. No a todos los humanos les es dado el gusto de recrearse en conceptos tan universales. Viene luego la Psicología. Dejamos la alta región y bajamos a lo profundo, al alma, a la libertad y a los sentimientos. La siguiente materia, la Cosmología nos lleva de paseo por el mundo visible y nos enseña las leyes del cosmos, la creación de todas las cosas y el fin espectacular a que se encamina una materia tan bella pero tan corruptible. ¿Será la Teodicea o Teología natural un atrevido estudio del mismo Dios. ¿Es que podremos llevar a Dios a un laboratorio filosófico para examinarlo y descomponerlo en conceptos? ¿Es que Dios se deja estudiar por los humanos? ¿Sólo el hecho de pensar en Dios, no es ya encarcelarlo y profanarlo? ¡Oh maravilla! Dios mismo se pondrá a nuestro alcance. Sólo El sabe cómo entraría en el estrecho recinto de nuestra mente. No serían vacías nuestras palabras cuando digamos que El existe, que es eterno, inmenso, creador, justo, misericordioso, solícito del bien de los hombres y sumamente amable con ellos. Las consecuencias del estudio o encuentro de la divinidad las veremos en el último tratado filosófico, la ética. La ética es la ciencia de la moralidad, la que enseña al hombre sus deberes más fundamentales y lo induce a vivir en una conducta digna de su alto destino. Como remate del estudio de la filosofía presentaremos por fin una visión panorámica de la Historia de la Filosofía. Ya desde nuestra propia atalaya o punto de vista podremos iluminar con faro penetrante ese mar proceloso que es la historia del pensamiento humano. Muchos han perecido. Otros han surcado las aguas en aladas naves. Otros apenas se han llegado a la orilla para tomar un sorbo de la amarga medicina. Como otro Eneas el pensamiento humano no le ha temido a las iras de los espíritus malos. El viene huyendo de aquella Troya vegetal donde se incendió la más bella felicidad y pretende llegar a una nueva tierra donde pueda levantarse un paraíso artificial. Grande es la certeza que el hombre tiene de que también él puede crear la luz!

El primer vuelo o navegación o como quiera llamarle lo encaminamos hacia la lógica. Comencemos ya. Entremos. Quitémonos el sombrero. Y santigüémonos con el nombre de las Tres Divinas Personas, porque aquí todo lo hallaremos trinitariamente dispuesto. En verdad que necesitaremos revestirnos de austeridad y continencia en las palabras. Aquí hay que ser exacto, honrado y limpio.

Conviene comenzar por la lógica, dice Sto. Tomás, no porque sea la más fácil sino porque es el fundamento de las demás ciencias (Citado

por Frick, Lógica, pág. 9). Y en efecto es el fundamento porque el estudio de las ciencias no será otra cosa que un continuo manejar ideas: “Bertrand Russell ha dicho que lo que determina una filosofía es la lógica en ella utilizada” (Diccionario de Filosofía Ferrater Mora). En el concepto de Aristóteles la lógica es un órgano, un instrumento, a una como maquinaria con la que ha de verificarse luego la acción del filosofar. Dichas afirmaciones convienen a la lógica propiamente dicha, la llamada formal por los escolásticos, y que también recibió el nombre de dialéctica.

Será interesante saber cómo es que al principiar el viaje filosófico, precisamente al principiar, hemos venido a topar con la lógica. Lógicamente hemos venido a dar con la lógica.

Cuando el hombre siente el llamado superior al pensar filosófico su entendimiento se suspende en reverente admiración, —este es el acto primero— y luego da un paso adelante buscando objeto o tema para su inquisición, —este es el acto segundo.

El tema natural y primitivo del acto segundo del entendimiento son “las cosas”, las cosas así como las interpretamos en el hacer cotidiano y así como las sintieron Rainer María Rilke y Juan Ramón Jiménez.

El hombre que se queda solo en las cosas es el hombre común, el ordinario, el banal, en una palabra: *el hombre-cosa*.

A superar al hombre-cosa viene el *homo-cogitans*, el ser pensante, el buscador de esencias, el que va más allá de la superficie y el movimiento hacia lo profundo y definitivo.

Es curioso que el hombre para entender a fondo las cosas tenga en cierto modo que apartarse de las cosas. Porque si el entendimiento se entremezcla en las cosas mismas, entonces las cosas lo aturden y hasta lo atrofian. De ahí que la actitud filosófica, que entraña un profundo amor a las cosas, es al mismo tiempo una reacción contra las cosas.

La reacción contra el mundo del aparecer y del acontecer trae la mente hacia sí misma, y es entonces cuando se realiza *el encuentro con las ideas*.

Mundo etéreo es el de las ideas. Bella esfera de seres minúsculos, inasibles, amables, sonrientes como notas con alas. En la cabeza revolotean en danza interminable asidas de la mano con otros seres no menos bellos que son las imágenes, unas como fotografías o voces de de las cosas sensibles. Estrellas más son estas de un firmamento que es mío y donde yo puedo formar constelaciones a mi gusto. Aquí mismo tengo un mundo mitológico donde se mezclan las ninfas y los dio-

ses; las gracias y los centauros. Otras ideas parecen esfinges del tamaño de montes amasados de piedra y sombra.

Una de las cosas que no entiendo en el Fausto de Goethe es por qué Mefistófeles le tiene antipatía al mundo mitológico clásico. Dice que "los griegos no sirvieron para maldita la cosa" (Fausto, Parte II, Act. II, Esc. II). Yo sé decir del país mitológico mi propia mente que me confunde más que al mismo Mefistófeles y me produce un vértigo del que no me suelto con facilidad. Las ideas se muestran tan ariosas y volátiles, tan resueltas y autónomas en su armónica danza, tan contoneadas y consistentes a pesar de su etéreo ser y de su sociedad de estilo vía láctea, que no sin motivo algunos filósofos las consideraron realmente autónomas, hechiceras de lo objetivo y únicas responsables del mundo extramental.

Bellas las ideas. Lindas sílfides que cortejan nuestro paso como orquesta de mariposas. Desnudas ninfas que afloran y se sumergen en las aguas de la conciencia. Bellas, ¡oh y qué bellas!, pero, ¿de donde vienen? ¿Cuál es el origen de las ideas?

¡Vaya pregunta! ¿Es que vamos a perturbar con una indiscreción la compañía de tan agradables amigas? A más de un poeta le ha parecido que los filósofos son indiscretos y crueles.

La pregunta que acabamos de hacer sobre el origen de las ideas es en realidad demasiado prematura. Antes de llegar a esa cuestión fundamental vamos a cumplir con la educación, con las buenas maneras que son la liturgia del sentido común. Quiero decir que antes de inquirir el origen de las ideas es necesario contemplar las ideas mismas y mirar, aunque sea por la belleza externa, su estructura y el ritmo de sus movimientos. Así dejamos para después la cuestión gnoseológica o crítica del conocimiento y nos concentramos a la lógica propiamente dicha.

Digamos sin temor que la idea es la representación mental de una cosa. Las ideas son retratos, pero retratos vivos, retratos que están estampados en el sujeto cognoscente y se mueven continuamente hacia el objeto conocido o cosa que representan. A esta tendencia viva del sujeto hacia el objeto llaman los psicólogos *intencionalidad*. La otra característica de la vida psíquica es la conciencia, mediante la cual el sujeto se da cuenta de sus operaciones.

No hay que confundir las ideas con las sensaciones ni con las imágenes o fantasmas de la imaginación. Las sensaciones e imágenes son un producto de la sensibilidad. Las ideas pertenecen a un orden superior, aunque nunca van solas sino acompañadas de los productos de la sensibilidad provienen del entendimiento o facultad espiritual

de conocer. Tenemos, pues, dos facultades cognoscitivas: el sentido y el entendimiento. El primero nos es común con los animales. El otro es propio de sólo los seres racionales.

Con la clasificación de las ideas podemos hacer dibujos prodigiosos de exacta geometría. Podemos dividir las según su origen, o según su objeto, o según su claridad de representación, o según las relaciones que guardan entre sí. En el presente estudio sólo atenderemos estas dos divisiones: Primera, por razón de su extensión; ideas singulares o concretas, e idea universal o abstracta. Y segunda, por razón de la categoría ontológica del ser representado; ideas sensibles, e ideas suprasensibles.

*La idea singular* representa un objeto concreto y particular, por ejemplo la idea que tengo de fulano de tal, de este individuo que se llama Pedro o de aquél árbol determinado que estoy viendo.

Por el contrario *la idea universal* nos presenta un contenido que se puede aplicar unívocamente a muchos sujetos. Por ejemplo la idea de "hombre", que la puedo aplicar a Pedro, a Juan, a Pablo, a éste que veo, a aquél que vi antes y a un millón más de hombres.

El concepto universal es una fina obra de la abstracción mental. El "hombre abstracto" no existe en la realidad, pero sí existen los individuos y hombres concretos en los cuales podemos verificar la idea del "hombre", pues que de ellos mismos fue tomada la noción mediante una cuidadosa depuración y denudación de todas las notas que sólo podían convenir a cada individuo en lo particular. La idea universal nos da algo común, algo que es igual para todos.

*Idea sensible* es la representación espiritual de un objeto material que es también perceptible por los sentidos. Aquí se ve que de las cosas materiales tenemos un doble conocimiento, uno inferior que adquirimos por el sentido (este conocimiento se denomina sensación) y otro superior que adquirimos por el entendimiento (este otro se llama intelección).

*Idea suprasensible* es la que representa objetos que, o por su categoría óptica espiritual o por su carácter abstracto no están al alcance de la experiencia sensible y sólo son perceptibles por la facultad espiritual. Por ejemplo la idea que tenemos de Dios, del alma, a los conceptos de justicia, humanidad, belleza, etc.

El elemento propio del entendimiento, donde éste se siente como pez en el agua y como pájaro en el espacio, son las ideas suprasensibles y abstractas. Particularmente los hombres dotados de temperamento filosófico se deleitan en estos conceptos y poseen una asombrosa agilidad mental para razonar y para concentrarse. "Los hombres más in-

signes en el mundo científico, dice Balmes, se han distinguido por una gran fuerza de atención, y algunos de ellos por una abstracción, que raya en lo increíble". Y cuenta, entre otros, el caso de Leibnitz que arruinó su salud estando sentado en una silla por muchos días entregado a sus prodigiosos inventos (El criterio, Cap. III).

Sin embargo, todo lo que hasta aquí hemos dicho de las ideas sería un universo desconocido si no existiese en el hombre la admirable facultad de comunicarlas a los demás hombres por medio de la palabra.

"Dice Raimundo Lulio que todo cuanto se puede sentir por los cinco sentidos corporales todo es maravilla, pero que como el hombre siente a menudo las cosas corporalmente, por eso no se maravilla, y que lo mismo sucede con las cosas espirituales, que el hombre puede entender. Así, pues yo creo que la palabra es la maravilla mayor del mundo, porque en ella se abrazan y confunden toda maravilla corporal y toda maravilla espiritual de nuestra naturaleza".

"Parece que la tierra use de todas las fuerzas en llegar a producir al hombre, y que el hombre use todas las fuerzas de su ser en producir la palabra. Véis al hombre en su silencio y os parece un ser animal más o menos perfecto. Pero poco a poco se animan sus facciones, un principio de expresión ilumina sus ojos con la luz espiritual, cosa reveladora del espíritu: la idea" (Elogio de la Palabra, Juan Mariagall).

"¿Cómo podemos hablar tan fieramente y en abundancia? Por esto nos solemos escuchar unos a otros con tanta indiferencia, porque el hábito del demasiado hablar y del demasiado oír embota en nosotros en sentimiento de la santidad de la palabra. Deberíamos hablar mucho menos y sólo por profundo anhelo de expresión, cuando el espíritu en su plenitud se estremece y las palabras brotan como las flores en primavera, como una rama que no puede más con la primavera que lleva dentro y entre la abundancia de las hojas brota una flor como una expresión maravillosa. ¿No véis en la quietud de las plantas su admiración de florecer? Así nosotros cuando brota en nuestros labios la palabra verdadera".

Podría discutirse si es o no cierto que a cada idea corresponde una palabra. Supuesto que no, lo que no se puede negar es que la palabra es como una criada discreta y diligente que procura servir a su señora la idea en cuanto no más se da cuenta de su existencia. Una idea no permanece sola por mucho tiempo. Por lo menos hay una *palabra interna* con la que el espíritu se dice a sí mismo la idea, y luego se esfuerza por hallar también una *palabra externa* y comunicadora.

Otra cosa que no se puede negar y que es una sabia previsión de la naturaleza es que la filosofía, al menos en su fundamento y punto

de partida, como se prueba con la lógica, es una cuestión de lenguaje. Hay una filosofía elemental, una ciencia común a todos los hombres, que no es otra cosa que una gramática de las ideas.

Los actos por los que el entendimiento aprehende o capta las ideas son cinco. Estos cinco actos que vamos a decir a continuación no son simplemente aprehensivos sino que ya entrañan el juicio implícito y aun su directa orientación hacia el raciocinio. Nada de extraño hay en ello si tenemos en cuenta la unidad de la vida psíquica y la solidaridad teleológica de sus actos.

1.—*La atención.* La atención es sin duda el acto fundamental. Balmes ha llegado a decir que en último término el famoso talento de los grandes no es más que una especial y más fuerte capacidad de atender. La atención es la aplicación de la mente al objeto del conocimiento. Es el desplazamiento o enfoque de la energía mental. En este sentido cada acto cognoscitivo es fruto de un acto previo de atención. Sin embargo en lenguaje corriente llamamos atención a un conjunto de actos o a un acto continuado e intensificado por el cual la mente se concentra en un objeto preferido sobre muchos.

2.—*La abstracción.* Diríamos que la mente al captar los objetos los envuelve de sí misma y los impregna de su propio modo de ser. En la elaboración de la idea hay un doble proceso. Primero, la captación de lo singular. Y segundo, la formación de lo universal. A lo segundo le llamamos abstracción. La mente ha captado varios objetos y halla que en todos ellos, además de las notas individuantes que los distinguen y separan, hay una nota que los asemeja y unifica. ¡Eureka, la idea universal ha sido descubierta!

La abstracción no supone en modo alguno una falsificación de los objetos, pero sí por medio de ella la mente afirma su hegemonía y autoridad sobre el mundo circundante. El concepto universal es un puente tendido entre el entendimiento y la realidad y un trampolín para saltar a esferas más altas e ideales.

3.—*La reflexión.* Es la vuelta o regreso del sujeto sobre sí mismo o sobre el objeto de su acto. Por la reflexión la mente penetra en sí misma y revisa sus ideas o se examina a sí misma. ¡Qué grata y saludable es la inmersión en la conciencia!

4.—*La comparación.* Es la contraposición de dos o más objetos para descubrir sus semejanzas o diferencias. Por ejemplo cuando contemplamos dos montes en un mismo paisaje y vemos que el uno, de un verde claro, está mucho más cerca que el otro que se recorta tenuemente azul sobre el horizonte.

5.—*La síntesis*. Por ella el entendimiento reúne varias ideas en una sola, como cuando veo muchos músicos con sus instrumentos y formo la idea de “orquesta”.

Por medio de estos cinco actos el entendimiento ha penetrado en la realidad de las cosas, como un general que invade un campo con cinco escuadrones, y está dispuesto a la siguiente operación que es el juicio.

El juicio es la operación por la cual se afirman o se niegan dos cosas la una de la otra, como cuando digo que las estrellas brillan en la noche o que los pájaros no anidan en el mar.

En la realidad las cosas no se hallan sueltas y dislocadas. Se hallan agrupadas y organizadas. Mil conexiones las estrechan. Dichas relaciones las expresa el entendimiento por medio del juicio. Y así como en la realidad existen diversos órdenes, o sistemas, o constelaciones de cosas, pero en todos ellos se descubre un orden general que las explica y los dirige, así el entendimiento en la emisión de su juicio va buscando por esfuerzos sucesivos no solamente la *definición* de cada cosa sino una *síntesis* general de todo lo conocido. Queremos saber qué es cada cosa, y también qué son las cosas, todas ellas, ese universo que se mueve majestuoso en unidad indisoluble y que aun a nosotros mismos nos arrolla en sus círculos solares.

Si tuviéramos una inteligencia como la de los ángeles en el juicio quedaría acabado el proceso del conocimiento. Un sólo golpe de vista, un fogonazo de percepción sobre las cosas, y habíamos intuido la sonora síntesis del universo!

Pero somos humanos, es decir, “un poco inferiores a los ángeles”. La diferencia que está de por medio entre ellos y nosotros es el raciocinio.

Para los humanos la tarea del conocer es ardua y erizada de peligros. Vivimos emitiendo juicios y ensayando síntesis parciales. También de vez en cuando alcanzamos a dibujar en la niebla interior una como síntesis universal que luego se disuelve como cuadro de película para dar paso a otras visiones que vienen del fondo e irrumpen por los costados. Caminamos penosamente. A veces nos arastramos como beodos. Ni faltan momentos de auténtica locura aun en los hombres más normales. ¡Oh dolorosa peregrinación del entendimiento! ¡Oh fragorosa lucha la del conocer! ¡Oh fatigosa subida! De peldaño en peldaño y asiéndonos de las más delgadas briznas de hierbas avanzamos hacia la cumbre fresca, verde paraíso donde todos los días brota el sol como una rosa de oro y sangre. A esto es a lo que en filosofía le llamamos raciocinaí.

El raciocinio es una operación en la que, manejando tres ideas distribuidas en dos juicios logramos un tercer juicio que es una nueva verdad, una nueva adquisición. Dos verdades se apoyan para descubrir una tercera. Igual que dos trozos secos de madera se frotan para producir el fuego.

La operación del raciocinio nos revela que existe en nosotros un instinto superior o principio de movimiento que nos hace penetrar en la verdad de las cosas con una fuerza que no se debe sólo al impulso de la experiencia cognoscitiva o encuentro del yo con el no yo. Es algo más subjetivo y aun anterior al conocimiento. Es un ritmo latente, una danza dormida que sólo espera que se la inicie en el primer movimiento. Así como en la estructura psíquica de la abeja existe el instinto o una como idea de la colmena, con todo lo complicado que ésta es, así en el entendimiento humano existe un como instinto dialéctico y un sentido pre-establecido que lo lleva a construir un sistema de ideas que se acope al sistema de las cosas. Con otras palabras puede decirse que el entendimiento está hecho para conocer las cosas y que las cosas han sido hechas para ser conocidas por el entendimiento.

Al entrar en este breve estudio de la lógica dijimos que en el mundo de las ideas lo hallaríamos todo trinitariamente dispuesto. Demos ahora razón de este aserto.

En una primera fase del conocimiento la mente ha captado objetos. Por medio de actos sucesivos la mente continúa rodeando y merodeando los mismos objetos para mejor percibirlos. Su movimiento hacia el objeto es circular y lo va penetrando por capas o círculos concéntricos.

En una segunda fase pasa la mente, siempre en movimiento circular y por fuerza centrífuga, a otro objeto, sobre el cual comienza a girar camino del centro como en el primero. Y para completar esta fase regresa la mente por el mismo movimiento circular al primer objeto para envolverlos a ambos en un solo círculo. Está hecho el juicio.

Ese círculo o binomio de objetos sirve de apoyo a la mente para pasar a un tercer objeto, el cual a su vez se verá envuelto en un nuevo círculo. Y con esto está hecho el raciocinio: tres ideas dinámicamente enlazadas en tres juicios.

Es cosa que llena de admiración la actividad mental que acabamos de describir. El entendimiento procede con seguridad y confianza en sí mismo. La maestría del raciocinio no nos deja lugar a dudar de su legitimidad. Sin embargo, entrados a examinar la maquinaria, no

acabamos de ver cómo la mente descubre que de las dos premisas se deduce lógicamente la conclusión. El problema se estudia minuciosamente en la gnoseología.

Añadamos unas reflexiones más. El movimiento cognoscitivo.

1.—*En sí mismo* considerado es: a) circular, porque va en torno del objeto; b) *cíclico*, en el sentido de que describe círculos concéntricos tratando de penetrar hasta el centro o esencia pasando por los diferentes estratos, y así es como repetidas veces se tiene la impresión de que se está pasando por un mismo lugar cuando en realidad la mente va ya en círculos más interiores; y c) *trinitario*: porque su impulso descansa naturalmente en el raciocinio, dándole allí unidad a tres ideas que forman tres juicios. El binomio solo no satisface al humano entendimiento. Da la impresión de ser una base que por su misma naturaleza está pidiendo columnas y techos. Puesto el tercer elemento queda establecido *el equilibrio psicológico, el "logos" humano, lo clásico del entendimiento.*

La estructura y la dinámica del entendimiento encuentran su típica figuración en un triángulo equilátero cerrado por un círculo que toca sus vértices.

2.—Considerando *con respecto al yo* el movimiento cognoscitivo es *ascensional o sublimante* porque tiende a levantar al yo, a sublimarlo, a llevarlo hacia lo alto. Cada acto de conocer es un batir de alas.

3.—Y considerando *con respecto a las cosas* el movimiento cognoscitivo es *asimilador* porque tiende a apropiarse los objetos envolviéndolos en su ciclo que es una síntesis vital.

Todo lo dicho hasta aquí sobre las ideas, los juicios, el raciocinio y el lenguaje viene a desembocar en una ciencia dinámica que es el fruto y el remate de la lógica: la ciencia del método. Lo que la lógica ha querido construir con sus bellas disposiciones geométricas ha sido precisamente eso. Un organismo vivo, un automóvil, es decir, un vehículo que se mueva por sí mismo y sea capaz de llevarnos ufanos por los anchurosos campos de la investigación.

La metodología es ya una ciencia plenamente filosófica. Hay tantos métodos cuantos sistemas filosóficos. La razón de esto se halla en que un método para investigar la verdad supone necesariamente un determinado criterio sobre la facultad cognoscitiva y sobre los objetos del conocimiento, lo cual hace que la filosofía y su método dependan mutuamente el uno de la otra.

En nuestro modesto pero entusiasta propósito no podemos permitir quedarnos aquí enredados en la cuestión del método. Nos llevaría no poco tiempo el discurrir por los diversos métodos que se encuentran

a lo largo de la historia de la filosofía. Tendríamos que ponderar cuidadosamente e imparcialmente lo que significan y lo que valen la intuición y el discurso, el análisis y la síntesis, la experimentación y el razonamiento, la inducción y la deducción. Ya la verdad que no podremos ser tan exclusivistas que nos aferremos a un solo modo de progresar en el conocimiento. Más humano y más verdadero y aún más fácil y sencillo es el valernos de todos los medios a nuestro alcance.

En este sentido nuestro método no es otro que la misma lógica como ciencia elemental de las ideas y como necesario supuesto de toda actividad filosófica.

Si después de esto se me pregunta por mi preferencia o inclinación sentimental, si es que se me permite poner sentimiento en esta labor de la razón fría, diré que me impulsa un *afán de síntesis*, una especie de *vocación al sistema* y un *aliento poético de crear y construir*. ¿Quieren ustedes llamarle método a este impulso? ¿Y qué les parece si le buscamos ya un nombre? ¡Magnífico! Llamémosle "*Intuición Sintética*".

La intuición sintética, como su nombre lo está diciendo, participa del calor y colorido vital de la intuición y, al mismo tiempo, de la serena armonía y complejidad de la síntesis. La intuición sintética es la reunión espacial de lo disperso y la actualización redentora de tantos actos preciosos y bellas ideas que sepultó el tiempo. Algo de mito se siente aquí, el mito resurreccionista, el furioso aliento fáustico de que todo puede sernos devuelto y de que nosotros mismos podemos ser rescatados en un nuevo ser que sea actualización plena y recuerdo total. Y así, si se quiere, nuestro método puede llamarse: *la lucha contra el olvido*.

La síntesis en cuestión supone necesariamente el análisis. Y el análisis analizado no es otra cosa que la experimentación, el estudio, la consulta, la reflexión, la conversación y en general todo aquello que según las normas de la lógica pueda proporcionarnos un nuevo conocimiento.

Bien presentimos que nuestra intuición sintética, la que necesariamente habrá de seguir el ritmo cíclico-trinitario del movimiento cognoscitivo, quizá no llegará a ser más que una síntesis parcial. No importa, que si al fin es síntesis habremos llenado con ella una parte siquiera del anhelo del entendimiento. Eso es con un poco de más o un poco de menos, lo que han logrado los mejores filósofos: síntesis parciales. Los más felices de los filósofos han sido totales al menos en el enfoque, (como el proyector de cine que llena cabal el cuadro de la pantalla), pero aun en ese caso no se nos escapa que en el fondo mismo

de la pantalla se ocultan nuevas visiones y nuevas aventuras del ser y del conocer. Lo bueno es que cada vez le parece al entendimiento que aquello es todo y así goza de un contento relativo.

Expliquémonos un poco más. Las síntesis parciales filosóficas son a la vez totales porque enfocan entera la realidad del ser. Su parcialidad es en cuanto a lo profundo: quiero decir que la síntesis es una perspectiva y, naturalmente, esa perspectiva puede irse haciendo cada vez más honda y más contorneada a medida que el espectador se eleva más sobre sí mismo y sobre la realidad. De aquí resulta que el proceso de ir captando la realidad en perspectivas sucesivas describe una fuga de la realidad, una verdadera renuncia ascética y una abnegación evangélica que va depurando la mirada del entendimiento y fortaleciendo la energía del corazón. Voy a emplear todavía otra palabra, para explicarme mejor, y diré que he hablado de la *santidad intelectual*.

Bien, si ya tenemos el instrumento del hacer filosófico podemos dar por terminada la lógica. De hoy en adelante podremos caminar más aprisa. Nuestro método es un propósito y, más claramente, *un programa de acción*. No vamos propiamente a descubrir algo nuevo sino *a hacer algo nuevo*.

No hay contradicción entre nuestro método-programa y lo que antes dijimos del imperativo del ser y el imperativo de la acción, entre el *es muss sein* y el *es muss gemacht sein*. Ahora podemos conciliar los dos imperativos diciendo que *el ser es algo que debe hacerse*. Cuando yo *me propongo ser*, es lo mismo que decir: *me propongo hacerme*. El hacerse a sí mismo o hacer el ser es el mejor de los quehaceres, el único que permanece y por consiguiente el *unum necessarium*.

El método, pues, de la intuición sintética lo enderezamos hacia la realización de algo, hacia la estructuración de un ser, un ser que a la vez será elaboración filosófica y creación poética. Ese ser es el "*Hombre Clásico*".

He aquí el ideal. En la pared de mi aposento de estudio, como emergiendo peregrino de allá de los misterios del oriente bíblico-helénico, veo mi *Ecce Homo* preferido, obra magnífica de un vigoroso pincel germánico. Todos los días lo veo. De pie está frente a mí. El colosal superhombre no sé si es la humanización de Dios o la divinización del hombre.